

jugado, á lo menos desde que está en París, juzgad de nuestra sorpresa al verle comparecer aquí; y si nos hemos alegrado de que perdiera ha sido porque sería en verdad muy triste que saliera ganando un malvado como él. Lo que hay aquí de cierto es que la riqueza de vuestra banca habrá deslumbrado á ese insensato, deseoso de desplumar: sin embargo ha sucedido al revés; y á le mía que no concibo aún cómo ese zorro avariento haya podido resolverse á exponer tanto dinero: consólemonos pensando que no volverá ya más, dejándonos libres de su presencia.

Este supuesto distó mucho de realizarse, pues á la noche siguiente, Vertua se entabló frente al banquero, perdiendo todavía más que la víspera; sin embargo permanecía tranquilo, y solo de vez en cuando sonreía amargamente, como si confiara en su próximo cambio de fortuna.

No obstante las pérdidas del anciano fueron creciendo y engrosando como una avalancha todas las noches sucesivas, hasta que por fin llegó á calcular que había dejado en la banca treinta mil lises de oro.

Transcurridos algunos días, volvió á aparecer una noche con el semblante pálido y desencajado, tomó asiento á alguna distancia de la mesa, fija la vista en los naipes que iba tirando el caballero, hasta que al ir á empezar una nueva talle, exclamó con voz aguda que sobresaltó á todos los presentes: — Alto! y abriéndose paso á través de la muralla de jugadores, se acercó al oído del banquero y le dijo con voz sorda: — Mi casa de la calle de San Honorato, con todos sus muebles y mis joyas, está valorada en 80.000 francos, aceptáis la apuesta?

—No tengo inconveniente;—contestó con acento glacial el caballero, sin siquiera volver la cabeza y empezando á barajar.

—A la sota!—dijo Vertua y á la primera mano la sota había ya perdido: el anciano dio un salto hacia atrás: sintiéndose desfallecer se apoyó contra la pared, y permaneció un rato inmóvil como una estatua, sin que nadie se cuidara de él.

Concluyó la sesión, se retiraron los jugadores y el caballero con uno de sus ayudantes recogía el dinero de aquella noche en una caja, cuando el viejo Vertua, lívido como un espectro, se le aproximó y le dijo con voz hueca y ahogada:

—Una palabra todavía, caballero, una sola palabra!

—Y bien, qué tenemos?—repuso retirando la llave de la cerradura de la caja, y midiendo al viejo de pies á cabeza de una sola mirada.

—Acabo de perder—dijo Vertua,—toda mi fortuna en vuestra ban-

ca: nada me queda ya, absolutamente nada, ni siquiera sé dónde dormir mañana, ni dónde comer un bocadito: á vos recurro, pues, caballero: prestadme la décima parte de lo que me habéis ganado á fin de que pueda volver á empezar mis negocios, librándome de la horrible miseria que me amenaza.

—En qué estáis pensando, «signor» Vertua?—repuso el caballero. No sabéis acaso que un banquero no debe nunca prestar nada de sus ganancias? Esto sería contra todas las reglas, de las cuales no seré yo á fe quien se separe.

Tenéis razón sobrada, caballero,—continuó diciendo Vertua,—mi demanda era exajerada y loca; la décima parte era demasiado: prestadme tan solo la vigésima!...

—Repito, —repuso el caballero con enfado,—que nada absolutamente presto de lo que gano.

—Es verdad;—dijo Vertua, cuyo rostro iba palideciendo por grados y cuyas miradas eran cada vez más lúgubres:—Reconozco que nada podéis prestarme y que en vuestro caso haría yo lo mismo; pero á un mendigo no se le rehusa nunca una limosna... quitad cien lises nada más de la cantidad que hoy os ha deparado la fortuna...

—Vive Dios, «signor» Vertua;—exclamó el caballero airado,—que parece que hoy os habéis empeñado en mortificar á todo el mundo! Os he dicho ya que es inútil la porfía, que no obtendréis de mí cien lises, ni cincuenta, ni veinticinco, ni uno siquiera. Sería menester que hubiese perdido la cabeza para que os diera dinero con que emprender de nuevo vuestro infame oficio: la suerte os ha revolcado por el polvo como á un reptil venenoso, y levantaros sería un crimen. Ea, pues, dejadme en paz y resignaos á vivir en la miseria, que bien merecido os está.

El viejo Vertua ocultó el rostro entre sus manos y exhaló un profundo gemido, mientras el caballero, después de ordenar á sus criados que le llevaran la cajita al coche, le dijo con acento retumbante:—Y vamos á ver, «Signor Vertua, cuándo me entregáis la casa y los muebles?»

—Al instante mismo, venid conmigo,—dijo con tranquila voz el anciano levantándose de un salto.

—Está muy bien: podemos ir juntos en el coche hasta vuestra casa, y mañana por la mañana la dejáis irremisiblemente.

Durante todo el trecho ni Vertua ni el caballero dijeron una palabra, y al llegar á la puerta de la casa, el viejo tiró de la campanilla saliendo á abrir una anciana, que exclamó al verle:—Santo cielo! Al fin habéis llegado: Angela estaba mortalmente inquieta...